

CIBERPÍNFANOS

Autor: José Enrique Villarino Valdivielso

Permitidme que primero me presente. Soy José Enrique Villarino Valdivielso, de Lugo. De los números en los CHOES, habitual tarjeta de presentación entre nosotros, no es que no quiera, es que no puedo ya acordarme.

Alumno, que no interno que suena fatal asociado a Carabancheles, desde octubre de 1961 a junio de 1965, primero en el Colegio de Santiago en Carabanchel Bajo y, más tarde, en el Colegio de Sta. Bárbara en Carabanchel Alto. Desde esta mi primera colaboración para “Pínfanos Digital” intentaré estar en sucesivas ocasiones con vosotros salvo cuando los apretones de trabajo, familiares o de cualquier otra índole me lo impidan, que quiera Dios sean los menos.

Aquí estaré pues, a vueltas con lo divino y humano animándoos a enviar también vuestras colaboraciones pues sinceramente pienso que “Pínfanos Digital” debe hacerse desde la participación, si no de todos, de los más, como un verdadero vehículo de comunicación, sujeto a las únicas limitaciones que nosotros mismos nos imponemos: desde el más escrupuloso respeto a las personas, las ideas ajenas y las instituciones. “Pínfanos Digital” debe ser también, por qué no, nuestra pizarra de ideas, nuestro intercambiador de conocimientos y emociones, de las que de estas últimas, como ahora dicen los más jóvenes, vamos “sobraos”.

Quién nos iba a decir, hace 40 o más años a muchos de nosotros, que al cabo de tanto tiempo íbamos a encontrarnos, vernos incluso, a través de esta ventana sobre la que ahora escribo. Ni siquiera nuestro fino olfato pinfanil, avezados maestros en la escuela de Lázaro de Tormes, siempre alerta a todo lo que se moviera, instinto que de nosotros copió sin duda el lince ibérico, nos ha podido advertir de nuestro encuentro en la red digital. Jamás sospechamos que habríamos de tener la oportunidad de estar y sentir tan juntos, tan próximos. Ello ha sido posible porque nos hemos dejado envolver por esta sutil red de comunicación inmediata, evanescente, fantástica.

Ella hace que cuando así lo deseamos, a un ligero toque de ratón, podamos colarnos en nuestra flamante web, bajo el no menos flamante aldabón de www.pinfanos.net que nos permite volver a entrar por la puerta de nuestros flamantes coles aunque ya no existan, aparecer con nuestro flamante trapillo a cuestras, fumarnos, aunque ya no se lleve, nuestra flamante “pava” en el servicio antes de irnos a la cama para, finalmente echarnos aquellas flamantes y suculentas “pensadas” antes de dormirnos sobre todo lo que fuese

menester: el ataque de morriña empapado en lágrimas de los primeros días, el tan ansiado giro, la deuda al pipero, las carabancheleras, Dios, los colegas, “la vieja”, el pueblo, las vacaciones, el Willy, el Zupo o la salida frustrada del domingo. De pínfanos hemos pasado a ciberpínfanos.

Pero, no todo ha sido tan fácil para todos. No es tan fácil para todos.

Pienso en primer lugar en todos aquellos pínfanos que no son ciberpínfanos, que no pueden ser ciberpínfanos porque no saben o no pueden acceder a un ordenador, a la red o a ambas cosas a la vez. En aquellos que por su edad o condiciones tampoco pueden navegar y disfrutar de nuestra página. En aquellos también a los que la vida no les ha ido muy allá o ni siquiera algo allá. De ellos tenemos que ocuparnos y a ellos tiene que llegar nuestra ayuda material, nuestro ánimo y aliento, aunque sea en papel y mejor con nuestra presencia. Tal y como dicen nuestros estatutos, que no son otra cosa que nuestra pequeña constitución, dentro de la otra Constitución, la grande, la que nosotros escribimos siempre con mayúsculas.

En segundo lugar, porque todavía no estamos en 2050 y las cosas no surgen por generación espontánea, por sí solas, porque sí. Pienso en los que han sido los pioneros de esta fantástica idea, avanzados en generosidad, empeño, tiempo y esfuerzo y que casi de la nada, o literalmente de la nada han levantado la Asociación, nuestra web, nuestros estatutos, los inenarrables y estupendos días del Pínfano, los programas de trabajo y solidaridad de la Asociación, el recuerdo hecho bronce de nuestro paso y nuestra huella en las casas donde vivimos y allá donde –que inexplicablemente ocurre- nos dejan hacerlo. Todo, en definitiva, todo.

Ser ciberpínfanos es importante pero no tan importante como ser pínfanos, a secas. Lo que fuimos y lo que seguimos siendo desde que una mañana o una tarde cruzamos la puerta del colegio -¡qué hermosas verjas solían abrir nuestros colegios!-, entristecidos todavía por la muerte de nuestro padre. Jamás imaginamos entonces que íbamos a sumergirnos en las historias personales más fantásticas jamás contadas. En una historia que nos había de dejar una huella indeleble en todos y cada uno de nosotros, en una historia que, afortunadamente todavía, continúa llena de complicidades, afectos, amistades y solidaridad.

En definitiva, ser Pínfano, a secas, es nuestro orgullo, quizá nuestro mayor orgullo personal, el que nos hacía enhiestos a las adversidades, mayores las nuestras que las de algunos y más pequeñas que las de otros muchos muchachos de nuestro tiempo, duros por lo general en el deporte –un 10 a Miguel Delibes- y en la vida, los primeros allí donde alguno de nosotros u otros lo necesitasen.

Un fuerte abrazo.

Deliberadamente no he usado el hoy día tan de moda pínfan@s o

“pínfanos y pínfanas”, que no es otra cosa que una lamentable confusión entre sexo y género, ya que pretendo no maltratar aún más el castellano. Por supuesto, que los ciberpínfanos y los pínfanos de esta nota somos todos, los pínfanos y las pínfanas.